

JEFF CREEPY

SUPERSUSTOS

DOBLE MALVADO



DESTINO



SUPERSUSTOS

JEFF CREEPY
DOBLE MALVADO

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Doble malvado*

© del texto: Sergio Álvarez, 2018

© de las ilustraciones, Daniel Bermúdez, 2018

© Editorial Planeta S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19460-6

Depósito legal: B. 20.194-2018

Impreso en España — *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

El mamífero más rápido del mundo es el guepardo, un felino que puede alcanzar la increíble velocidad de ciento veinte kilómetros por hora.

Y sin embargo, aquella noche de tormenta, un niño corría como un guepardo, atravesando el pequeño bosquecito del Parque de la Amistad a toda velocidad. Está bien, decir que corría como un guepardo quizá es una exageración, pero para ser un niño regordete corría muy muy rápido. A toda velocidad. Nunca habréis visto a un niño gordito correr así.

Y es que corría por su vida.

La lluvia le empapaba la ropa. Sus ojos asustados, lagrimeaban. Jadeaba con cada zancada y sus

pulmones le ardían sin remedio. Estaba aterrorizado.

Y no era para menos, porque le perseguían unas cincuenta sombras amenazantes, cuyos ojos rojos brillaban en la oscuridad, armadas con herramientas de jardinería muy afiladas.

—¡Que no escape! —gritaban—. ¡Terminad con él!

Cuando por fin estaba llegando a su casa, el niño tropezó y cayó rodando como una pelota. La multitud se le echaba encima. Estaba acabado.



Pero a lo mejor estoy empezando por el final. Tal vez os preguntaréis qué hacía el niño levantado tan tarde y cómo es que en un pueblo tan tranquilo como Sosiego, donde nunca pasaba nada, podía suceder algo tan tenebroso. Querréis saber por qué le perseguía aquella gente...

Bueno, de acuerdo. Empezaré diciendo que todos le conocían como «Magic Bob».

Esta es su historia.



CAPÍTULO 2

El problema de Magic Bob no es que fuera gordo, sino que era tímido. A lo mejor era tímido porque era gordo, o quizá fuera gordo porque su timidez le provocaba ansiedad y la ansiedad le daba hambre. Ya me entendéis. El caso es que era el típico chico que solía mirar al suelo para no tener que hablar con nadie. Si una chica le dirigía la palabra, se ponía rojo como un tomate. Y siempre había alguien que le señalaba con el dedo. ¿Sabéis lo que ocurre cuando te pones rojo y alguien dice: «Mirad, está como un tomate»? Pues que te pones aún más rojo, y si siguen insistiendo, puede explortarte la cabeza. No es muy agradable.

Y allí estaba el pobre Bob, en la clase de gimnasia, vestido con un ridículo chándal, pasándolo

fatal y cada vez más colorado. Porque aquel día tocaba partido de fútbol. Los dos capitanes estaban eligiendo a sus jugadores y Bob iba quedando irremediabilmente entre los últimos, los perdedores. Y, de los dos que quedaban, escogieron a Tim Chapman, un muchacho esmirriado que sufría asma, antes que a él. Así que Bob era el último.

—¡Jo, siempre me toca! —protestó la capitana del equipo azul—. Me quedo con Bob.

Y Bob hubiera querido que se lo tragase la tierra en ese momento.

Los equipos se organizaron y empezó el juego. A él le tocó de portero, porque lo suyo no era dominar un balón. Al menos tenía a los hermanos Jing y Jang como defensas. Jing y Jang, los gemelos, eran sus únicos amigos. Tal vez porque se conocían desde la guardería. Jing era tranquilo y algo empollón, aunque no le hacía ascos al deporte. Se sujetaba las gafas con una goma elástica para que no le cayeran. Jang era lista e ingeniosa, y tenía mucho más genio que su hermano. Los dos llevaban el pelo teñido de color azul, como personajes de un manga. Jing, peinado con un tupé muy

atrevido, y Jang, con la melena recogida en una coleta larga que le llegaba hasta la cintura. ¡Los gemelos molaban! Ambos se miraron y, sin decir palabra, protegieron la portería... y a Bob.

Pero poco pudieron hacer contra Morrison. Morrison era el matón de la clase y la pesadilla particular de Bob. Le sacaba dos cabezas de altura y, como era fuerte y ya le habían salido musculitos, se creía el no va más. Jing y Jang salieron a su paso, pero Morrison empujó a uno y arrolló a la otra.

—¡Eh! —se quejó Jang—. ¡Idiota!

Bob tragó saliva. Vio a Morrison correr hacia él con la cabeza inclinada y una sonrisa maliciosa en los labios. Era como una locomotora. La piedad derecha de Morrison retrocedió para chutar. Se movía como a cámara lenta. Bob miraba hacia los lados. ¿Qué podía hacer? ¡Era imposible esconderse!

—¡Cañonazo! —gritó Morrison.

La pelota salió disparada a toda velocidad y Bob supo que sería imposible pararla, que si lo intentaba acabaría herido. La vio venir, directa a su cara, y...

En el último segundo se apartó y la pelota entró en la portería.

—¡Gooooooooooooo! ¡Gooooool! —vitorearon los del equipo rojo. Morrison le guiñó un ojo.

—Gracias, Mantecas —le dijo. Morrison le llamaba «Mantecas», el muy...

Los gemelos se acercaron.

—¿Estás bien?

Bob miraba al suelo, muerto de vergüenza.

Alguien gritó:

—¡Mirad! ¡Está como un tomate!

Al salir de clase estaba superchafado. Había hecho el ridículo una vez más.

Alguien le dio una colleja. Se volvió, frotándose la coronilla, y ahí estaba Morrison, con un par de sus amigos.

—Diez a cero, Mantecas —se burló—. Para el próximo partido intenta no apartarte siempre, que si no, nos aburrirnos.

Jang se plantó delante del matón con el ceño fruncido. A su lado, su hermano Jing sonreía abiertamente.

—Yo no seguiría por ahí, Morrison —dijo—. Mi hermana no tiene paciencia con las tonterías, y menos después de perder un partido.

—Yo no tengo la culpa —replicó Morrison—. La próxima vez no pongáis al gordo en la portería.

Una cosa que hay que decir de los gemelos es que su padre tenía una escuela de artes marciales, el Daisho Dojo, y ambos habían practicado desde pequeños. Ni siquiera Morrison se atrevía con



aquellos dos. Jang soltó una patada alta a la velocidad del rayo y su pie quedó a medio centímetro de la nariz del matón. Los ojos del chico bizquearon. ¡Ni la había visto venir! Retrocedió echando a Bob una mirada que prometía venganza.

—Vamos chicos —murmuró Bob—. No lo empeoréis.

Cruzaban el Parque de la Amistad, hablando de lo mismo de siempre. Bob se quejaba de sus desgracias y los dos hermanos intentaban animarlo.

—Vamos —decía Jing—, yo te he visto comer y tampoco es que zampes como un animal. Se trata más bien de que te falta dar «el estirón».

Era cierto. Bob era bajito para su edad, y eso hacía que pareciera más ancho que largo.

—Bueno —matizó Jang, riendo—, con la pizza hace estragos.

—De acuerdo, le gusta la pizza. Le gusta mucho la pizza. Pero ¿a quién no le gusta la pizza?

—Pues tienes razón. A todo el mundo le gusta la pizza.

—Lo que debes hacer es apuntarte a clases con

mi padre. Ven un día, ya verás. Haces ejercicio y es divertido.

Pero a Bob no le interesaban las artes marciales más de lo que le interesaba el fútbol o cualquier otro deporte. Aunque una cosa sí que envidiaba de sus amigos.

—Vosotros os tenéis el uno al otro. Os ayudáis, os protegéis. ¡Cómo me gustaría tener un hermano gemelo! —dijo.

—Tampoco es tanto chollo —bromeó Jing—. A mi hermana le huelen los pies.

Jang le dio un puñetazo cariñoso en el hombro.

Bob se echó a reír. Aquellos dos eran la monda. Pero su humor se vino abajo cuando vio acercarse a la señora Higgins.

—Oh, no —susurró. Intentó escabullirse, pero no le dio tiempo.

La señora Higgins era una señora mayor con muy malas pulgas. Bob le cortaba el césped. Era quisquillosa, tiquismiquis y un poco tacaña. Y siempre llevaba unos sombreros muy estrafalarios.

—Buenas tardes, Bob —saludó. Su voz era aguda y avinagrada—. ¿Sabes qué día es hoy?

Bob se encogió de hombros, fascinado con la enorme flor que adornaba el sombrero de la mujer.

—¿Viernes?

Escuchó a sus amigos riendo por lo bajo.

—Exacto —señaló la señora Higgins con el ceño fruncido—. ¿Y qué haces todos los viernes?

—Ah..., ¿cortarle el césped?

—Cortarme el césped. Espero que no llegues tarde.

—¡Espere! ¿Ya es viernes?

Bob echó a correr sin esperar una respuesta.
¡Viernes! ¡Aquella tarde llegaba su paquete!

—¡No se preocupe, señora Higgins! ¡Iré esta tarde, se lo prometo! ¡Adiós, chicos! ¡Nos vemos!

En unos segundos lo perdieron de vista. Jing y Jang se miraron el uno al otro sin saber qué le pasaba a su amigo. Pero era Magic Bob, y estaban acostumbrados a sus rarezas.

—Pues corre muy rápido para estar tan relleno —dijo la señora Higgins.